

CRISTIANISMO AUTÉNTICO





Johann Arndt

CRISTIANISMO AUTÉNTICO

Tratado sobre el sincero arrepentimiento,
la verdadera fe y la vida santa
del verdadero cristiano



editorial clie



EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

© 2014 Editorial CLIE, para esta edición en español.

CRISTIANISMO AUTÉNTICO

ISBN 978-84-8267-824-5
Depósito Legal: B- 9292-2014
Vida cristiana
Crecimiento espiritual
Referencia: 224725

Impreso en USA / Printed in USA

*En el que se consideran el verdadero cristianismo,
la sincera tristeza por el pecado, el arrepentimiento,
la fe y la santa vida del verdadero cristiano*



ÍNDICE GENERAL

<i>Prefacio del autor</i>	11
1. En qué consiste la imagen de Dios en el ser humano	17
2. La caída de Adán.....	21
3. De qué manera el ser humano es renovado en Cristo para vida eterna.....	27
4. El verdadero arrepentimiento, y el verdadero yugo y cruz de Cristo	33
5. ¿En qué consiste la verdadera fe?	37
6. Cómo debiera manifestarse en el ser humano el poder vital de la Palabra de Dios, mediante la fe	41
7. La ley de Dios, escrita en el corazón de todo ser humano, los convence de que en el día del juicio no tendrán excusa.....	45
8. Nadie puede hallar consuelo en Cristo y sus méritos si no se arrepiente de verdad.....	49
9. La vida mundana que muchos llevan hoy es causa de que Cristo y la verdadera fe sean rechazados.....	55
10. Los hijos del mundo están contra Cristo, y, en consecuencia, tanto sus vidas como su cristianismo son falsos	57
11. Quien no se arrepiente de veras no es cristiano, ni un hijo de Dios quien no sigue a Cristo <i>en su vida y conducta</i> . Además, en qué consiste el nuevo nacimiento y el yugo de Cristo	59
12. El verdadero cristiano muere a sí mismo y para el mundo, y vive en Cristo.....	67
13. El cristiano debe morir a sí mismo y al mundo voluntariamente, por causa del amor de Cristo, y por causa de la gloria futura y eterna, para la cual fuimos creados y redimidos.....	71

CRISTIANISMO AUTÉNTICO

14. El verdadero cristiano, el que imita a Cristo, aborrece su propia vida en este mundo, y lo abandona.....	77
15. De qué forma el «viejo hombre» muere a diario, y el «hombre nuevo» se renueva día a día en el verdadero cristiano. Además, en qué consiste el negarse a sí mismo y a qué se refiere la cruz cristiana.....	83
16. En el cristiano se sostiene una lucha constante entre el espíritu y la carne.....	87
17. La herencia y posesiones de Cristo no son de este mundo; por lo tanto, ellos deben considerarse a sí mismos como extranjeros en esta tierra, si bien hacen uso de las cosas terrenales.....	91
18. Dios se ofende en gran manera cuando el ser humano prefiere las cosas temporales a las eternas; y gran mal hacemos cuando nuestros afectos se aferran a la criatura y no al Creador	97
19. Quien está absolutamente consciente de su miseria es absolutamente aceptable ante Dios; y el conocimiento cristiano de su miseria lo induce a buscar la gracia de Dios.....	101
20. Una tristeza verdaderamente cristiana por el pecado suscita una diaria rectificación de la vida del creyente, lo hace apto para el reino de Dios, y, en forma creciente, lo conforma a la vida eterna	107
21. La verdadera adoración a Dios	115
22. El verdadero cristiano se conoce fundamentalmente por su amor, y por la diaria rectificación de su vida.....	123
23. Quien desea crecer en Cristo y en la gracia a menudo se ve obligado a alejarse de la sociedad mundanal	127
24. El amor a Dios y a nuestro prójimo.....	131
25. El amor al prójimo abordado en mayor detalle.....	139
26. Por qué se debe amar al prójimo	143
27. Por qué se debe amar a los enemigos.....	149
28. De qué manera debe preferirse el amor al Creador al amor a todas las criaturas. Y de qué manera debe amarse al prójimo en Dios	153
29. La reconciliación con nuestro prójimo, sin la cual Dios retira su gracia.....	157
30. Los frutos del amor.....	163

31. El orgullo y el amor a sí mismo corrompen y destruyen aun los mejores y más dignos dones.....	169
32. Los grandes dones no demuestran que una persona sea cristiana, sino la fe que actúa por amor	173
33. Dios no tiene consideración de las obras de nadie; sino que juzga las obras según el corazón.....	177
34. Solo Dios es el autor de la salvación, sin cooperación humana, y nosotros debemos someternos en forma irrestricta a su gracia. Además, los méritos de Cristo no se atribuyen a quien no se arrepienta	179
35. Toda la sabiduría, las artes y las ciencias, más aún, incluso el conocimiento de toda la Escritura, son inútiles sin una vida santa y cristiana	185
36. El que no vive en Cristo, sino que entrega su corazón al mundo, solo tiene la letra exterior de la Escritura, pero no experimenta su poder, ni come del maná escondido	189
37. El que no sigue a Cristo con fe, en santidad y continuo arrepentimiento, no puede ser liberado de la ceguera de su corazón, sino que debe vivir en la oscuridad perpetua; y no puede tener un verdadero conocimiento de Cristo, ni comunión con Él	197
38. Una vida mundana conduce a falsas doctrinas, dureza de corazón y ceguera. Además, algunas palabras acerca de la eterna elección de la gracia	207
39. La pureza de la doctrina de la palabra divina se preserva no solo a través de debates y publicaciones, sino también mediante el verdadero arrepentimiento y una vida santa	213
40. Diversas normas para llevar una vida santa	219
41. Lo esencial del cristianismo consiste en restaurar la imagen de Dios en el ser humano, y destruir la imagen de Satanás	227
42. Conclusión: explicación de las razones para adoptar el método utilizado en este libro. Explicación del deber de cuidarse del orgullo espiritual. Exposición de la verdad de que no se pueden obtener los verdaderos dones espirituales sin oración.....	241
<i>Biografía Johann Arndt</i>	245



Prefacio del autor

Estimado lector cristiano:

Que en nuestra época el Santo Evangelio está sometido a un fuerte y vergonzoso abuso es un hecho que queda plenamente demostrado por la vida ajena a Dios y sin arrepentimiento que llevan aquellos que ruidosamente presumen de Cristo y su Palabra, mientras que su vida anticristiana se asemeja a la de personas que habitan en tierra de paganos y no de cristianos. Semejante comportamiento mundano me proporcionó la oportunidad de escribir el presente Tratado. Mi propósito era mostrar al lector llano en qué consiste el verdadero cristianismo, a saber, en la exhibición de una fe verdadera, viva y activa, la cual se manifiesta en una genuina piedad y en los frutos de justicia. Deseaba yo mostrar que nos llamamos *cristianos*, no solo porque debemos creer en Cristo, sino también porque el nombre implica que vivimos en Cristo, y Cristo en nosotros. Deseaba además mostrar que el verdadero arrepentimiento procede del centro más íntimo del corazón; que el corazón, la mente y los afectos deben cambiar; que debemos amoldarnos a Cristo y su Santo Evangelio; y que debemos ser renovados por la Palabra de Dios, y convertirnos en nuevas criaturas. Pues así como cada semilla produce un fruto de idéntica naturaleza, así también la Palabra de Dios debe producir diariamente en nosotros nuevos frutos espirituales. Si nos convertimos en nuevas criaturas por fe, debemos vivir de acuerdo a nuestro nuevo nacimiento. En suma, Adán debe morir, y Cristo debe vivir en nosotros. No basta con adquirir un conocimiento de la Palabra de Dios: es también nuestro deber obedecerla en la práctica, con nuestra vida y nuestras fuerzas.

2. Muchos suponen que la Teología es una mera ciencia, o pura retórica, cuando en realidad es una experiencia viva y un ejercicio práctico. Hoy todos se proponen alcanzar eminencia y distinción en el mundo; pero nadie quiere aprender a llevar una vida piadosa. Hoy todos van tras hombres de gran erudición, que puedan enseñarles artes, idiomas y sapiencia; pero nadie quiere aprender de nuestro único Maestro, Jesucristo, a ser manso y sinceramente humilde. Y, no obstante, su santo y vivo ejemplo es nuestra verdadera norma de vida y conducta, y, en

efecto, constituye la sabiduría y el conocimiento superiores. De modo que con toda propiedad podemos declarar que «la vida de Cristo puede enseñarnos todas las cosas».

3. Todos están muy dispuestos a ser siervos de Cristo; pero nadie quiere convertirse en su seguidor. Y, sin embargo, Él nos dice: «Si alguno me sirve, sígame» (Jn 12:26). Por tanto, quien verdaderamente sirve y ama a Cristo también querrá seguirle; y quien lo ama también amará el ejemplo de su santa vida: su humildad, mansedumbre, paciencia, así como su cruz, la vergüenza y el desprecio que Él soportó, aun cuando ello implique dolor para la carne. Y aunque en nuestra presente debilidad no podamos imitar a la perfección la santa y sublime vida de Cristo —cosa que, en efecto, no pretendo en mi libro—, con todo, debemos amarla, y anhelar una más plena imitación de la misma. Porque es de este modo que vivimos en Cristo, y Cristo en nosotros, según las palabras de San Juan: «El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo» (1 Jn 2:6). Hoy la determinación del mundo es adquirir conocimiento acerca de todas las cosas; pero aquello que supera cualquier otro conocimiento, a saber, «conocer el amor de Cristo» (Ef 3:19), nadie desea adquirirlo. Pero nadie puede amar a Cristo si no imita su santa vida. Muchos hombres y mujeres, la mayoría en este mundo en realidad, se avergüenzan del santo ejemplo de Cristo, es decir, de su pobreza y humilde condición. En otras palabras, se avergüenzan del Señor Jesucristo; acerca de ellos, Él dice: «El que se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él» (Mc 8:38). Hoy los cristianos desean un Cristo de apariencia imponente, que sea fastuoso, rico y conforme a este mundo; pero ninguno desea recibir, confesar y seguir al Cristo pobre, manso, despreciado y humilde. Por lo tanto, Él les dirá un día: «“Nunca os conocí” (Mt 7:23); ustedes no quisieron conocerme en mi humildad, así que yo no los conozco en su arrogancia».

4. Sin embargo, la vida profana, en todas sus formas, no solo está en desacuerdo con Cristo y el verdadero cristianismo, sino que además es la causa del diario aumento de la irritación de Dios, y de los azotes que Él inflige. Esto es así en la medida en que Él dispone a todas las criaturas como sus vengadoras, y permite que el cielo y la tierra, el agua y el fuego, se vuelvan nuestros enemigos; de modo que toda la naturaleza es así profundamente convulsionada, y poco menos que devastada. Por tanto, ha de esperarse una época de aflicción; guerra, hambre y epidemias; es más, las últimas plagas vienen con tanta violencia que estamos expuestos a los ataques de prácticamente toda criatura. Pues tal como las terribles plagas sobre los egipcios sobrevinieron antes de la redención y salida de los hijos de Israel desde Egipto, así también, antes de que ocurra la redención de los

hijos de Dios, plagas terribles e inauditas asaltarán a los incrédulos y pertinaces. Por tanto, es tiempo de arrepentirse, cambiar el curso de vida, volverse del mundo a Cristo, creer en Él verdaderamente, y llevar en Él una vida cristiana, para que con seguridad podamos «habitar al abrigo del Altísimo, y morar bajo la sombra del Omnipotente» (Sal 91:1). Es esta igualmente la exhortación del Señor: «Velad, pues, orando en todo tiempo que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas» (Lc 21:36). Esto mismo se testimonia también en el Salmo 112:7.

5. Ahora bien, querido lector cristiano, para tal propósito el presente libro puede en alguna medida servirte de guía, pues no solo explica cómo puedes, mediante la fe en Cristo, obtener el perdón de tus pecados, sino también cómo puedes beneficiarte de la gracia de Dios, a fin de llevar una vida santa; y cómo puedes demostrar y adornar tu fe a través de una conducta y una convivencia cristianas. Porque el verdadero cristianismo consiste no en palabras, ni en una ostentación externa, sino en una fe viva, de la cual proceden frutos propios del arrepentimiento, y toda clase de virtudes cristianas, tal como proceden de Cristo mismo. Porque, ya que la fe está escondida de la vista humana, y es invisible, debe manifestarse por sus frutos, en la medida en que la fe obtiene de Cristo todo lo bueno, justo y bendito.

6. Ahora, cuando la fe aguarda las bendiciones que se le prometen, el resultado de esa fe es la *esperanza*. Porque, ¿qué otra cosa es la esperanza, sino una continua y perseverante expectación, por fe, de las bendiciones que se prometen? Pero cuando la fe comparte con el prójimo las bendiciones que ella misma ha recibido, el fruto de esa fe es el *amor*, que imparte al prójimo lo que ha recibido de Dios. Y cuando la fe soporta la prueba de la cruz, y se somete a la voluntad de Dios, produce *pacencia*. Pero cuando suspira bajo el peso de la cruz, u ofrece gratitud a Dios por las misericordias recibidas, la fe da a luz la *oración*. Cuando compara el poder de Dios, por una parte, con la miseria del ser humano, por otra parte, y se somete sin resistencia a la voluntad de Dios, el fruto de ello es la *humildad*. Y cuando esta fe trabaja diligentemente para no perder la gracia de Dios, o, según nos aconseja San Pablo, «ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (Fil 2:12), entonces el resultado es el *temor de Dios*.

7. Como puedes ver, todas las virtudes cristianas son hijas de la fe, proceden de la fe, y no pueden estar separadas de ella, su fuente común, si realmente son virtudes genuinas, vivas y cristianas, las cuales en definitiva provienen de Dios, de Cristo y del Espíritu Santo. Por lo cual, ninguna obra puede ser aceptable ante Dios sin la fe en Cristo. Porque, ¿cómo pueden existir la verdadera esperanza, el amor sincero, la perseverante pa-

ciencia, la ferviente oración, la cristiana humildad y el temor de Dios como el de un niño, si no es con fe?

Todo debe obtenerse de Cristo, la fuente de la salvación (Is 12:3), mediante la fe, tanto la justicia como todos los frutos de la justicia. Pero ten mucho cuidado, querido lector, de no relacionar tus obras, aquellas virtudes que has comenzado a practicar, o los dones de la vida nueva, con la justificación ante Dios. Porque a este respecto, las obras, los méritos, los dones y virtudes de los hombres, por muy atractivos que puedan parecer, no tienen eficacia; nuestra justificación depende únicamente de los magníficos y perfectos méritos de Jesucristo, asidos por fe, tal como se expone en los capítulos V, XIX, XXXIV y XLI de este libro. Ten mucho cuidado, por tanto, de no confundir la justicia de la fe, por una parte, y la justicia de una vida cristiana, por otra parte; más bien debes hacer una clara distinción entre ambas, porque en ello radica todo el fundamento de nuestra religión cristiana. Con todo, el arrepentimiento debe ser la mayor preocupación de tu vida, pues de lo contrario no posees la verdadera fe, aquella que a diario purifica, cambia y enmienda el corazón. Tú debes saber, además, que los consuelos del evangelio no pueden ser efectivamente aplicados si previamente no ha habido una genuina tristeza piadosa, cuyo resultado es un corazón dolorido y contrito; pues leemos que «a los pobres es anunciado el evangelio» (Lc 7:22). En efecto, ¿cómo puede la fe dar vida al corazón, si antes no lo mortifican una sincera tristeza y un pleno conocimiento del pecado? No imagines, por tanto, que el arrepentimiento es una tarea fácil y liviana. Recuerda las solemnes y severas palabras del apóstol Pablo, cuando nos manda a mortificar y crucificar la carne, con sus deseos y pasiones, para ofrecer el cuerpo como sacrificio, para morir al pecado, para ser crucificado para el mundo (Col 3:5; Ro 6:6; 12:1; 1 P 2:24; Gl 5:24; 6:14). La verdad es que nada de esto puede ocurrir cuando complacemos la carne. Tampoco los profetas emplean palabras alegres cuando llaman a tener un corazón contrito y quebrantado, sino que dicen: «Rasgad vuestro corazón»; «lamentaos y gemid» (Jl 2:13, 17; Jer 4:8). ¿Pero dónde encontramos hoy tal arrepentimiento? El Señor Jesucristo, al mencionarlo, exige que nos neguemos a nosotros mismos, y renunciemos a todo lo que poseemos, si queremos ser sus discípulos (Lc 9:23; Mt 16:24). En verdad, nada de esto puede proceder de una mente relajada, frívola y ligera; de ello podemos encontrar evidencia en los siete Salmos Penitenciales de David. La Escritura abunda en ilustraciones del Dios celoso, que exige tanto el arrepentimiento como los frutos del mismo, sin los cuales no se puede alcanzar la salvación eterna. Pero posteriormente se manifiesta el poder de los consuelos del evangelio. Y ambas cosas, tal arrepentimiento y tal consolación, son obra del Espíritu de Dios únicamente, mediante la Palabra.

8. Por tanto, el presente libro trata especialmente de aquel sincero y profundo arrepentimiento del corazón, de la exhibición de la fe en nuestra vida y conducta, y del espíritu de amor que debiera impulsar todos los actos del cristiano; porque aquello que procede del amor cristiano es a la vez el fruto de la fe. Es cierto que he hecho referencias a autores anteriores, como Tauler o Tomás Kempis, entre otros, de quienes podría pensarse que atribuyen más de lo que es debido a las capacidades y obras humanas; pero lo que pretendo en todo mi libro es impugnar semejante error. Por lo tanto, quisiera pedir cordialmente al lector cristiano que recuerde el propósito fundamental por el que escribí este libro. Descubrirá que el objetivo principal es el siguiente: enseñar al lector a percibir la abominación oculta e intrínseca del Pecado Original; exponer claramente nuestra miseria e indefensión; enseñar a que no pongamos nuestra confianza en nosotros mismos o en nuestras capacidades; a deshacernos de todo, y a atribuirlo todo a Cristo, para que solo Él pueda habitar en nosotros, obrar todas las cosas en nosotros, que solo Él viva en nosotros, y cree en nosotros todas las cosas, porque Él es el principio, el medio y el fin de nuestra conversión y salvación. Todo esto ha sido clara y abundantemente explicado en varios pasajes del presente libro; y, al mismo tiempo, las doctrinas de los partidarios de Roma, los sinergistas y los mayoristas han sido expresamente refutadas y rechazadas. Además, en este libro se ha expuesto la doctrina de la justificación por la fe de la manera más incisiva y explícita. Sin embargo, a fin de evitar tergiversaciones, he sometido la presente edición a una meticolosa revisión, y ruego al lector que reciba las ediciones aparecidas en Frankfurt y otros lugares en el sentido en que debe recibirse la presente edición de Magdeburgo. Además, afirmo que este libro, así como todos los demás artículos y puntos, como también los artículos del Libre Albedrío, y de la Justificación de un pobre pecador ante Dios, no debe entenderse de ningún otro modo que no sea de acuerdo a los Libros Simbólicos de las iglesias de la Confesión de Augsburgo, a saber, la primera CONFESIÓN DE AUGSBURGO INALTERADA, la APOLOGÍA, los ARTÍCULOS DE SMALCALD, los DOS CATECISMOS DE LUTERO, y la FÓRMULA DE CONCORD.

¡Que Dios nos ilumine a todos con su Santo Espíritu, de modo que podamos ser sinceros e intachables, tanto en nuestra fe como en nuestra vida, hasta el día de Cristo —el cual está cerca—; que nos llene de los frutos de justicia, para la gloria y alabanza de Dios! Amén.





Capítulo I

En qué consiste la imagen de Dios en el ser humano

Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Ef 4:23-24).

La imagen de Dios en el ser humano es la conformidad del alma del hombre, de su espíritu y su mente, de su entendimiento y su voluntad, y de todas sus facultades y capacidades corporales y mentales, con Dios y la Santa Trinidad. Porque el decreto de la Santa Trinidad fue expresado de este modo: «*Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza...*» (Gen 1:26).

2. Es evidente, entonces, que cuando el ser humano fue creado, se imprimió en él la imagen de la Trinidad, con el propósito de que la santidad, la justicia y la bondad de Dios pudieran resplandecer en su alma; que irradiasen abundante luz a través de su entendimiento, voluntad y afectos; y que se manifestaran visiblemente también en su vida y su conducta: es decir, que consecuentemente todas sus acciones, tanto interiores como exteriores, no exhalaran otra cosa sino amor, pureza y poder divinos, y, en definitiva, que la vida del hombre y la mujer sobre la tierra pudiera sembrar la de los ángeles del cielo, quienes están siempre ocupados en hacer la voluntad de su Padre Celestial. Al imprimir de este modo su imagen en el ser humano, Dios se propuso deleitarse y regocijarse en él, tal como un padre se regocia en un hijo que nace a su propia imagen. Porque así como un padre, contemplándose a sí mismo en su descendencia, no hace otra cosa que sentir la mayor complacencia y deleite; así también, cuando Dios contemplaba el carácter manifiesto de su propia Persona reflejada en una imagen de sí mismo, podía decir «mis delicias están con los hijos de los hombres» (Pr 8:31). Así, el mayor placer de Dios era mirar al ser humano, en quien se gozaba, y descansaba, por así decirlo, de toda su obra; lo consideraba su gran *obra maestra* de la creación, y sabía que en la perfecta inocencia y belleza del hombre y la mujer se manifestaría plenamente la excelencia de su propia gloria. Y nuestros primeros padres y su posteridad habrían de disfrutar por siempre esta bendita comunión, si hubieran per-



manecido en la semejanza de Dios, y descansado en Él y en su voluntad; al ser su autor, Dios debía ser la finalidad de ellos.

3. No cabe duda de que la propiedad esencial de cada imagen es ser una representación precisa del objeto que pretende expresar. Y así como el reflejo en un espejo es nítido en una medida proporcional a la claridad del propio espejo, así también la imagen de Dios se vuelve más o menos visible según la pureza del alma en la que se la contempla.

4. Es por esto que originalmente Dios creó al ser humano perfectamente puro e intachable, para que la imagen divina pudiera contemplarse en él, no como una sombra difusa e inerte reflejada en un vidrio, sino como una verdadera y viva imagen del Dios invisible, y a semejanza de su íntima, escondida e inenarrable belleza. Había una imagen de la sabiduría de Dios en el *entendimiento* del ser humano; de su bondad, amabilidad y paciencia, en el *espíritu* del ser humano; de su divino amor y misericordia, en los *afectos* del corazón del hombre. Había una imagen de la rectitud y santidad, la justicia y pureza de Dios, en la *voluntad* humana; de su bondad, compasión y verdad en todas las *palabras* y *acciones* del ser humano; de su omnipotencia, en el *señorío* del hombre y la mujer sobre la tierra y las criaturas inferiores; y finalmente, había una imagen de la eternidad de Dios en la *inmortalidad* del alma humana.

5. De la imagen divina que de dicho modo se le había implantado, el ser humano debía haber adquirido el conocimiento tanto de *Dios* como de *sí mismo*. Es así que podía haber aprendido que Dios, su creador, es todo en todo, el Ser de los seres, y el principal y único SER, de quien todos los seres creados reciben su existencia, y en quien y por quien subsisten todas las cosas que existen. Asimismo, él podía haber sabido que Dios, como el Original de la naturaleza humana, es todo lo anterior *en esencia*, de lo cual él mismo no era sino una imagen y representación. Pues si el hombre debía llevar la imagen de la divina bondad, se sigue de ello que Dios es *esencialmente* la bondad soberana y universal (Mt 19:17); y, en consecuencia, que Dios es el amor esencial, la vida esencial y la santidad esencial. Por ser todo esto *en esencia*, Él es el único a quien se le debe atribuir adoración y alabanza, honor y gloria, poder, majestad, dominio y virtud; porque nada de esto le pertenece a la criatura, ni a cosa alguna, sino que todo ello le corresponde solo a Dios.

6. De esta imagen del Ser Divino, el ser humano también debía haber adquirido el conocimiento de *sí mismo*. Él debía haber considerado cuán enorme diferencia existía entre Dios y él. El hombre no es Dios, sino su *imagen*; y la imagen de Dios no debe representar otra cosa sino a Dios. El

ser humano es un retrato del Ser Divino; un representante, una imagen en la que solo Dios debiera ser visto y glorificado. Nada, entonces, debe vivir en el hombre sino Dios. Nadie más que la Divinidad debiera conmovirse, querer, amar, pensar, actuar o regocijarse en él. Porque si otra cosa que no sea Dios vive o actúa en el ser humano, este deja de ser la imagen de Dios, y se vuelve la imagen de aquello que entonces vive y actúa en su interior. Por lo tanto, el hombre, o la mujer, que quiera convertirse en la imagen de Dios, y permanecer en esa condición, debe rendirse por entero a la Divinidad, y someterse plenamente a su voluntad. Esta persona debe permitir que Dios obre en ella lo que le plazca; para que, negando su propia voluntad, pueda sin reservas hacer la voluntad de su Padre Celestial, entregada a Dios por entero, dispuesta a convertirse en un instrumento santo en sus manos, para hacer la voluntad y la obra de Dios. Tal persona no sigue su propia voluntad, sino la de Dios; no se ama a sí misma, sino a Dios; no busca su propio honor, sino el de Dios. No codicia posesiones ni riquezas para sí misma, sino que remite todo al Supremo Bien; y al estar así contenta con poseerlo a Él, se alza sobre el amor a las criaturas y al mundo. Y de este modo, el ser humano debe despojarse de todo amor a sí mismo y al mundo, para que solo Dios pueda serlo todo en él, y obrar todas las cosas en él, por su Santo Espíritu. En esto consistía la perfecta inocencia, pureza y santidad del ser humano. Porque, ¿qué inocencia mayor puede existir, que un hombre no haga su propia voluntad, sino la de su Padre Celestial? ¿O qué mayor pureza, que un hombre permita que Dios actúe en él y haga todo aquello que a Dios le plazca? ¿Y qué mayor santidad, que volverse un instrumento en manos del Espíritu de Dios? Parecerse a un niño en cuyo pecho aún no prevalecen el amor y el honor a sí mismo es realmente la mayor sencillez.

7. Un *perfecto* ejemplo de esta plena devoción hacia la voluntad divina fue nuestro Señor Jesucristo mientras permaneció en este mundo. Él sacrificó su propia voluntad a Dios su Padre, en intachable obediencia, humildad y mansedumbre; estaba presto para deshacerse de todo honor y estima, de todo interés personal y amor propio, de todo placer y goce; y dejó que solo Dios pensara, hablara y actuara en Él y por Él. En suma, Él de continuo hizo suyos la voluntad y el placer de Dios, como el mismo Padre testificó en la voz del cielo: «Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mt 3:17). El Señor Jesucristo, por siempre bendito, es la verdadera Imagen de Dios, en quien no se expresa otra cosa sino Dios mismo, y aquellas manifestaciones que están de acuerdo con su naturaleza, a saber: amor, misericordia, entereza, paciencia, mansedumbre, bondad, justicia, santidad, consuelo, vida y eterna beatitud. Porque el Dios invisible quiso revelarse y darse a conocer a la humanidad a través de Cristo. Él es, en efecto, la imagen de Dios en el sentido más sublime; es decir, según

su *Divinidad*, por virtud de la cual Él mismo es realmente Dios, la imagen manifiesta y esencial de la gloria de su Padre, en el infinito esplendor de la luz increada (He 1:3). Pero acerca de esto nada más puede decirse ahora: es nuestro propósito hablar de Él solamente respecto a cómo vivió y habló en su santa *humanidad* mientras habitó sobre esta tierra.

8. Fue en una inocencia como esta que la imagen de Dios fue conferida a Adán en el principio, imagen que él debió haber preservado en humildad y obediencia genuinas. De seguro, para Adán era suficiente el haber sido hecho apto para todos los beneficios de la imagen divina; de amor y deleite sinceros y puros; de una inalterable y sólida quietud mental; de poder, fortaleza, paz, luz y vida. Pero por no reflexionar debidamente que él no era el *bien mayor*, sino meramente un espejo de la Divinidad, formado con el propósito de recibir el reflejo de la naturaleza divina, aquel hombre se erigió como un *Dios*; y al escoger de esta forma ser el mayor *bien* para sí mismo, se precipitó al mayor de los males, pues fue despojado de su invaluable imagen, y excluido de la comunión con Dios que antes disfrutaba en virtud de esa imagen.

9. Si se hubiera puesto a un lado la voluntad, el amor y el honor propios, la imagen de Dios no habría podido abandonar al ser humano; sino que la Deidad habría permanecido como su única gloria, honor y alabanza. Así como todas las cosas son susceptibles a sus similares y no a sus opuestos, y a los similares se conforman y en ellos se deleitan, así también el hombre, hecho a semejanza de Dios, estaba por tanto preparado para recibir a Dios en sí mismo, quien también estaba dispuesto a impartirse al ser humano, con todos los tesoros de su bondad; de todas las cosas es la bondad la que mejor se imparte a sí misma.

10. Finalmente, de la imagen de Dios el ser humano debió haber aprendido que, por medio de ella, él está unido a Dios, y que solo en esta unión radica su verdad y su quietud perpetua, su descanso, paz, gozo, vida y felicidad. Debió haber aprendido que toda inquietud del pensamiento y exasperación del espíritu no emerge sino de una ruptura de dicha unión, a causa de lo cual el hombre deja de ser la imagen de Dios; porque tan pronto como el ser humano se vuelca hacia la criatura, es privado de aquel bien eterno que solo ha de conseguirse en Dios.